

## ¿Puedo vivir con audacia?

por Margaret Wheatley

*El miedo es la peor habitación de la casa. Me gustaría verte vivir en mejores condiciones.*

Hafiz

La historia de la humanidad está poblada de infinidad de personas audaces. Si nos remontamos a las generaciones que precedieron a nuestras familias, entre nuestros propios antepasados descubriremos a aquellos que también vivieron con audacia. Quizás fueron inmigrantes que tuvieron el arrojo de abandonar la seguridad de su hogar, soldados que lucharon con valor en una guerra, familias que soportaron penurias económicas, la guerra, la persecución, la esclavitud, la opresión, el desplazamiento. Todos llevamos en la sangre este linaje de audacia.

¿Pero qué es vivir con audacia? No es vivir sin miedo: ya que el miedo es parte de nuestra experiencia humana. Parker Palmer, un educador y escritor extraordinario, dice: "El miedo es una parte tan fundamental de la condición humana que todas las grandes tradiciones espirituales se originan en el esfuerzo por superar el efecto que tiene sobre nuestra vida. Con diferentes palabras, todas proclaman el mismo mensaje central: 'No se entreguen al miedo'. Es importante prestar atención a lo que ese mensaje central significa y a lo que no significa. 'No se entreguen al miedo' no quiere decir que no debemos sentir miedo; si significara eso, podríamos descartarlo por ser un consejo que apunta a una perfección imposible. Por el contrario, quiere decir que nadie tiene por que convertirse en sus miedos: una idea enteramente distinta".

Si el miedo es una parte tan fundamental de la experiencia humana, cabe suponer que, en ocasiones, sentiremos miedo; tal vez, hasta con frecuencia. Aún así, cuando el miedo surja, no debe preocuparnos de haber fallado en algo, de ser menos que otros. De hecho, somos iguales a todos. Lo importante es poner atención a qué hacemos con nuestro miedo. Podemos alienarnos, distraernos o petrificarnos. O podemos reconocer el miedo y a pesar del ello seguir adelante. Vivir con audacia es negarle al miedo el poder de silenciarnos o de detenernos.

Yo pienso que hay una diferencia importante entre el valor y la audacia. El valor surge en el momento, sin tiempo para pensar. El corazón se abre y entramos en acción inmediatamente. Alguien se arroja a las aguas heladas de un lago para salvar a un niño, o dice su opinión en voz alta, o se arriesga para ayudar a otro ser humano. Estos actos repentinos, aún cuando nos ponen en peligro, nacen clara y espontáneamente del amor.

La audacia también está fundada en el amor, pero nos exige mucho más que la acción instantánea. Cuando, al sentir miedo reaccionamos demasiado rápido, huimos o agredimos. La verdadera audacia es una acción sabia, no una bravuconada o una reacción a ciegas. La audacia exige que nos tomemos el tiempo para discernir. Joan Halifax, maestra Zen, habla sobre "practicar la no negación". Si sentimos miedo, no neguemos el miedo. Al contrario: reconozcamos que estamos asustados. Pero no huyamos. Permanezcamos donde estamos y enfrentemos nuestro miedo con valor. Salgamos a su encuentro, sintamos curiosidad por conocer sus causas, sus dimensiones. Acerquémonos más, hasta entablar una relación con nuestro miedo. Y entonces, el miedo cambia. Lo que ocurre más a menudo es que desaparece.

Muchas y diversas tradiciones hablan de esta maravilla, la disolución del miedo. "Si no puedes contra él, únete". "La salida del túnel es a través del túnel". "Pon la cabeza en las fauces del demonio y el demonio desaparece".

Algunas de las personas que más me han enseñado sobre la audacia son parte de una red global de líderes jóvenes (entre los trece y los treinta años de edad) con quienes he trabajado durante varios años. Se hacen llamar "Walk-outs." Salen de trabajos y carreras que les impiden contribuir al máximo de su capacidad, salen de relaciones en las que no se sienten respetados, se alejan de ideas que les imponen límites, dejan instituciones que los hacen sentir insignificantes y despreciables. Pero no se salen para desaparecer: se salen para continuar su marcha. Marchan hacia lugares donde pueden contribuir con algo genuino, hacia relaciones en las que son respetados, hacia ideas que apelan a sus fortalezas, hacia trabajos que develan y utilizan su potencial.

De estos jóvenes líderes aprendí la importancia de preguntar, periódicamente, "¿de qué necesito salirme?" Es una pregunta crucial y hasta plantearla exige un gran coraje. Al plantear la pregunta, estamos siendo lo suficientemente valientes para reconocer nuestros miedos y mirarlos claramente. Estamos siendo lo suficientemente valientes para reconocer

el llamado a vivir nuestra vida con audacia. El poder de esta pregunta nos ayuda a descubrir hacia qué lugares, trabajos y relaciones necesitamos dirigirnos para desarrollar nuestros talentos y ofrecérselos a los demás.

Yo tengo una visión de lo que es posible si somos cada vez más quienes estamos dispuestos a practicar la no negación, quienes miramos lo que nos asusta en nuestra vida y en nuestra sociedad. Con una visión más clara, podríamos atravesar el miedo y decirle "¡no!" a lo que nos inquieta. Podríamos continuar nuestro camino y adoptar una posición. Podríamos rehusarnos a que nos acobarden o nos silencien. Podríamos dejar de esperar que nos aprueben o nos respalden. Podríamos dejar de sentirnos cansados o agobiados. Podríamos confiar en la energía del "¡Sí!" y comenzar a actuar en pos de lo que nos importa.

La audacia nos ofrece una gran bendición: la fortaleza para soportar y perseverar. A finales de 2004, el pueblo ucraniano protestó contra una elección fraudulenta que les había negado el presidente que sabían que habían elegido, Vladimir Yushchenko. Se vistieron con bufandas naranjas, hicieron ondear banderas naranjas y se les conoció como "La Revolución Naranja". Su táctica era simple: salir a la calle y quedarse ahí hasta lograr lo que necesitaban. No desistir y no dejar de protestar hasta haber cumplido su meta. Su ejemplo de perseverancia en la protesta inspiró a ciudadanos de muchos y diversos países (desde Ecuador hasta Nepal) a salir a la calle y quedarse en la calle hasta lograr lo que necesitaban.

Hoy, en este mundo aquejado, necesitamos todos los dones que nos ofrece la audacia: el amor, la visión clara, el valor, la acción inteligente, la perseverancia. Con audacia, podemos enfrentar el miedo y atravesarlo. Con audacia, podemos reclamar nuestra vocación de ser plenamente humanos. Con audacia, podemos dar a luz ese mundo que Paulo Freire soñó para todos: "un mundo en el que amar será más fácil."

### **Quiero ser ucraniana**

Margaret Wheatley

Cuando alcance la mayoría de edad Cuando  
se me pase la adolescencia Cuando  
me tome la vida en serio Cuando  
crezca

quiero ser ucraniana.

Cuando alcance la mayoría de edad quiero pararme  
feliz en el frío durante incontables días nunca más insensible a  
lo que necesito.

Quiero escuchar mi voz alzarse  
alta y clara por sobre la helada  
niebla, reclamándome.

Corría el día quince de la protesta y entrevistaban a una mujer parada junto a su auto.  
Sobre el techo del auto había un gallo. Ella dijo: "Nos hemos despertado y no nos iremos  
hasta que este gobierno podrido se vaya". No quedó documentado si el gallo cantó.

Cuando se me pase la adolescencia  
cuando ya no me queje ni acuse  
cuando deje de culpar a los demás  
cuando me haga responsable

me habré vuelto ucraniana.

Los partidarios de Yushchenko llevaban banderas naranjas que ondeaban con vigor desde  
finos mástiles. Poco después de que comenzaron las protestas, el gobierno mandó matones  
para crear violencia. También llevaban banderas, pero las suyas colgaban de garrotes  
pesados que también servían como armas.

Cuando me tome la vida en serio cuando mire directamente a  
lo que está pasando cuando sepa que el futuro  
no se cambia por sí mismo que yo debo actuar

voy a ser ucraniana.

"La protesta que perdura", dijo Wendell Berry, "es movida por una esperanza infinitamente  
más modesta que la del éxito público: particularmente la esperanza de preservar las

calidades en el propio corazón y en el propio espíritu que serían destruidos por la aquiescencia”.

Cuando crezca y se me conozca como ucraniana  
me movere fácilmente por las calles segura de mí  
insistente feliz de preservar las calidades de mi  
propio corazón y de mi espíritu.

En mi madurez me alegrará enseñarte  
el costo de la aquiescencia el precio del  
silencio el peligro de la retirada.

“La esperanza”, dijo Václav Havel, “no es la convicción de que algo terminará bien, sino la certeza de que algo vale la pena sin importar cómo termine”.

Te enseñaré todo lo que aprendí  
de la fuerza de la audacia la paz  
de la convicción la extraña fuente de  
la esperanza

y moriré bien, habiendo sido ucraniana.